

INTRODUCCIÓN

EN UN ARTÍCULO TITULADO «Mi primer libro», publicado en *The Idler* en enero de 1893, Arthur Conan Doyle, mientras narraba sus problemas como un joven aspirante a autor, hace mención a un temprano manuscrito que se perdió de camino a los editores tras enviarlo por correo. Con un burlón alarde dramático, escribió:

¡Lástima el horrible suceso acaecido! Los editores nunca lo recibieron. El correo envió incontables impresos azules informándome que no sabían nada de él y desde ese día no se ha vuelto a saber nada del pobre.

La obra era *El relato de John Smith*, una novela con una «complejión personal-social-política» que Conan Doyle redactó en sus primeros años en Southsea, un suburbio de Portsmouth, mientras intentaba asentarse como médico y como escritor. En junio de 1881, tras cinco años de estudios, había conseguido su licenciatura en Medicina y su maestría en Cirugía en la Universidad de Edimburgo. Un año después, tras la segunda

de sus dos estancias como cirujano en un barco y un intento de corta vida como socio en la consulta que George Budd, colega de la Universidad de Edimburgo, tenía en Plymouth, Conan Doyle llegó a Southsea y alquiló una casa en el número 1 de Bush Villas, decidido a conseguir labrarse un futuro de forma independiente en la carrera que había elegido. «Escogí la casa más céntrica que pude encontrar —le dijo a un amigo de la familia—, decidido a «hacer una cuchara o echar a perder un cuerno»,¹ y conseguí tres libras de muebles para la consulta, una cama, una lata de carne y dos enormes placas de bronce con mi nombre.»²

A pesar de sus títulos, energía y experiencia, se enfrentaba a un considerable desafío. No conocía nada de la ciudad y a ninguno de sus habitantes, además de carecer prácticamente de dinero para cubrir los gastos diarios mientras iba consolidando su consulta. Sus circunstancias familiares no hacían sino añadir presión. Su padre, Charles Doyle, tras sufrir problemas de salud y alcoholismo durante muchos años, fue admitido en un «centro de salud», como lo describía Conan Doyle, lo que incrementó la presión sobre las ya de por sí precarias finanzas familiares. Como el hijo adulto que era, Conan Doyle se había convertido «prácticamente en el cabeza de una amplia familia en apuros», una responsabilidad de la que era muy consciente. «Quizá me vino bien que las cosas estuvieran tan apuradas —escribió—, porque era salvaje, vigoroso y con una pizca de temerario; pero

la situación requería energía y dedicación, de tal modo que uno estaba destinado a hacerle frente. Mi madre había sido tan espléndida que no podíamos fallarle». ³ Dos de sus hermanas habían sido contratadas como institutrices en Portugal y enviaban su sueldo a casa y Conan Doyle también estaba deseoso por contribuir al bienestar de la familia, de modo que mandó llamar a su hermano de diez años, Innes, y se hizo cargo de él. Las cartas de Conan Doyle a su casa describen con detalle sus esfuerzos y éxitos en esta tarea, detallando con frecuencia sus facturas y otros gastos, así como los ingresos conseguidos de la medicina y la escritura. Estas cartas nos ofrecen una evocadora imagen de lo precario que le resultó mantenerse a flote.

En 1884, Conan Doyle pudo informarle con orgullo a su madre que ya había más de cien familias de Southsea de las cuales era el único consejero médico. Pero en 1882 y 1883 los pacientes fueron pocos y llegaban muy espaciados, e incluso cuando en 1883 su nombramiento como médico forense de la Gresham Life Assurance Society le proporcionó unos muy necesarios ingresos extra, era sobre todo en la escritura donde intentaba conseguir éstos. En una carta a su casa en 1882 deja claro que, si bien escasos por el momento, los ingresos de la escritura eran cruciales: «Mientras tanto, intentamos mantener la cosa en marcha mediante la literatura; ayer recibí las pruebas de un artículo fotográfico; no mucho más de una libra, me atrevería a decir». ⁴

Una década después, Conan Doyle abandonaría la medicina para dedicarse en exclusiva a la escritura, una decisión que más tarde describiría como «uno de los grandes momentos de regocijo de mi vida»; pero en Southsea dividía sus esfuerzos y lealtades entre la medicina y la escritura, tareas que en ocasiones eran complementarias y en ocasiones antagónicas. («Resulta difícil saber cuál sufrió más», bromeó años después.)

Había empezado a escribir historias cortas y poesía siendo estudiante y probaba suerte con regularidad, enviando textos a las revistas. Una historia de finales de 1877 o principios de 1878 la envió al prestigioso *Blackwood's Magazine* de Edimburgo. «La granja encantada de Goresthorpe. Una historia real de fantasmas» no fue impresa y su manuscrito permaneció durante décadas en los archivos de la revista, olvidado de todos. Su primer éxito lo consiguió con una historia muy influenciada por Edgar Allan Poe: «El misterio de Sasassa Valley», que fue publicada en el *Chamber's Journal* el 6 de septiembre de 1879 y le proporcionó la principesca suma de tres guineas. «Tres recibir el pequeño cheque me convertí en una fiera salvaje que acaba de probar la sangre por primera vez —le contaría después a un entrevistador—, porque sabía que a pesar de los rechazos que pudiera recibir, y Dios sabe que recibí muchos, había demostrado una vez que podía ganar dinero y tenía el ánimo de repetirlo». También comenzó a

publicar artículos, algunos sin cobrar, en el *British Medical Journal* o en *Lancet* para situarse profesionalmente, pero también algunos pagados en el *British Journal of Photography*.

No permitió que los primeros rechazos a su ficción lo desanimaran. Se animaba gracias a contactos como James Hogg, editor de la mensual *London Society* y el primero de los varios editores de revistas que se interesó en el trabajo del bisoño escritor. En 1883, entre las revistas que habían publicado a Conan Doyle se encontraban *All the Year Round*, *Blackwood's*, *London Society*, *Chamber's Journal*, *Temple Bar Magazine*, *Good Words* y *Boy's Own Paper*. No obstante, fue la publicación en enero de 1884 de su historia «La declaración de J. Hababuk Jephson» en *The Cornhill* lo que se convirtió en el mayor de los primeros éxitos de Conan Doyle. *The Cornhill* era la principal revista literaria de Gran Bretaña, publicada por George Smith de Smith, Elder & Co., que consiguió fama en 1847 al publicar la novela de Charlotte Brontë *Jane Eyre*. El éxito de la historia de Conan Doyle cimentó una incipiente asociación con James Payn, un editor al que admiraba desde hacía mucho y que por primera vez lo puso en la órbita de la sociedad literaria londinense.

Su sensación de triunfo, no obstante, se mezcló con la frustración generada por la costumbre de la época, entre revistas como *The Cornhill*, de publicar las colaboraciones de forma anónima. Al carecer de

pruebas en contrario, los críticos atribuyeron la historia de Conan Doyle a Rober Louis Stevenson. A pesar de sentirse orgulloso y halagado con la comparación —Stevenson, al igual que Poe, era uno de los escritores favoritos de Conan Doyle— no le ayudó demasiado a labrarse un nombre. En *Through the magic door (A través del velo)* un libro sobre escritores y la escritura publicado en 1907, Conan Doyle definió esa costumbre como «el modo más perverso mediante el cual a los jóvenes escritores se les priva de cualquier modo de promoción». Con «Habakuk» se dio cuenta de que escribir historias cortas no le proporcionaría los medios de satisfacer ninguna ambición literaria seria. «Lo que se necesita es que tu nombre aparezca en el lomo de un libro —dijo en una carta a su casa en abril de 1884—. Sólo así afirmas tu individualidad y consigues todo el crédito o descrédito por tu logro».⁵

El relato de John Smith representa el primer esfuerzo de Conan Doyle por conseguir la transición desde escritor de historias cortas hasta novelista. En una carta de 1883 menciona su creciente confianza en su capacidad para triunfar en la aventura. También está convencido de que su trabajo posee una cierta originalidad, aunque se muestra menos seguro respecto a si esa originalidad merecerá la aprobación o la censura de los críticos:

¿Por qué no habría de tener ante mí un futuro en las letras? Soy consciente [...] de que tengo un estilo propio muy definido que debería distinguirme entre

la muchedumbre para bien o para mal, si tan solo pudiera sacar la cabeza fuera del agua.⁶

No obstante, su confianza fluctuaba, cualquier convicción que tuviera respecto a sus capacidades técnicas era atemperada por las dudas. En una carta de abril de 1884 le confiesa a su madre:

En ocasiones tengo confianza y en otras me muestro receloso. Sé que puedo escribir historias cortas de un modo que atrapa, pero no sé si estoy a la altura de un esfuerzo prolongado; ¿puedo extender una trama sin debilitarla?; ¿puedo preservar la identidad de un personaje a todo lo largo?; estas son las cuestiones que me incomodan.⁷

Basándonos en *El relato...*, la respuesta a esta cuestión era un sonoro «no». Hay muy poco en cuanto a trama o caracterización: la obra es esencialmente una serie de largas reflexiones sobre debates contemporáneos que preocupaban al joven Conan Doyle al principio de su segunda década de vida. Les da vida John Smith, un hombre de cincuenta años que, debido a una enfermedad, queda confinado en sus habitaciones durante una semana. Las reflexiones aparecen con frecuencia como monólogos internos; con menos frecuencia, en forma de diálogo entre Smith y su médico, y los demás personajes, que en gran parte funcionan como extensiones de sí mismo. *El relato...* no es una ficción que funcione, pero ofrece una notable imagen del modo de pensar y los puntos de vista de un joven escritor en bruto que a no mucho tardar crearía uno de los más famosos

y perdurables personajes de la literatura, Sherlock Holmes.

En 1883, cuando Conan Doyle contaba con 23 años y estaba escribiendo *El relato de John Smith*, ya había vendido una historia que había conseguido alguna atención por parte de la crítica. Se trataba de «El capitán del *Estrella polar*», una historia de fantasmas basadas en sus experiencias en el Ártico. Comenzó su novela esa primavera, pero entonces tuvo la idea para la historia que le abriría el camino: «La declaración de J. Habakuk Jephson», basada en el misterio del *Marie Celeste*.⁸ Pero cuando terminó su novela y la envió al editor, el manuscrito desapareció para siempre. «No, nunca recibí al pobre John Smith —le dijo a su madre a principios de 1884—. La reescribiré de memoria, pero por el momento estoy ocupado con muchas cosas».⁹

Smith es presentado como un hombre que ha visto mucho mundo y sido muchas cosas en la vida. Ahora de mediana edad, vencido por la gota en la casa de huéspedes donde vive, pasa el tiempo conversando con su médico, su casera, un vecino y otro huésped que es un mayor retirado del ejército, además de meditando para sí mismo, sobre la variedad de cuestiones que constituyen los temas del libro. La enfermedad que sufre le preocupa, un tema que conduce a más amplias consideraciones sobre la medicina, la ciencia y la naturaleza humana. Las cuales conectan con discusiones sobre la religión, todas las

cuales se relacionan de diversos modos con debates sobre literatura.

Gran parte es de naturaleza semibiográfica, con Conan Doyle utilizando a Smith y los demás personajes para exponer sus puntos de vista personales. Había sido criado en una familia católica romana y, a pesar de sus escasos medios, su madre se las había arreglado para proporcionarle una muy buena educación jesuita en el Stonyhurst College en Lancashire, en el norte de Inglaterra. Pero fue en Stonyburts donde comenzó a renunciar a la Iglesia en la cual había sido criado. «Nada puede superar la intransigente intolerancia de la teología jesuítica», dice en su autobiografía *Memorias y aventuras*:

Recuerdo que cuando, siendo un chico ya mayor, escuché al padre Murphy, un grande y furibundo cura irlandés, declarar que la condena era segura para todos quienes no formaran parte de la Iglesia, lo miré con horror, y ese es el momento en el que sitúo la primera grieta, que se ha convertido en una sima, entre yo y aquellos que eran mis guías.

Si bien no llegó a convertirse en un ateo, rechazó la mayoría de la doctrina de la Iglesia y la propia religión organizada, sin dejar de buscar respuestas religiosas compatibles con su educación científica y médica. En la época durante la cual escribió *El relato de John Smith* había comenzado a experimentar con los fenómenos psíquicos, un camino que terminaría con su aceptación del espiritualismo en 1916.

Los temas de *El Relato...* también tenían subtextos autobiográficos, parte de los cuales aparecen en el texto. Conan Doyle quería que los lectores fueran testigos de las elevadas alturas de miras de la vocación médica, aunque sostuviera que el conocimiento médico era muy incompleto y arremetiera contra la petulancia de la clase científica dirigente, que no dejaba de coronar como hechos incuestionables las teorías que en ese momento estuvieran de moda. No sólo alababa el nuevo punto de vista de Pasteur sobre los microbios y los anticuerpos, sino que también defendió teorías como la evolución, que por entonces eran muy controvertidas. Contrario a la ocasional oposición científica a tales puntos de vista, consideraba que la religión organizada ofrecía una pomposidad e intransigencia todavía mayores, encontrando un sentimiento religioso más verdadero en la metafísica de la medicina que en las asentadas doctrinas de las Iglesias, citando a docenas de pensadores en su contra. En un momento dado, Smith debate con un clérigo que va a visitarlo a su casa y al que indigna de tal modo que se marcha encolerizado, un episodio que puede estar basado en un incidente real de los primeros días de Conan Doyle en Southsea.

Puede que Smith fuera de mediana edad, pero sus opiniones y el fervor con el que las defiende son las de un hombre joven, con insuficiente experiencia de la vida como para haberse vuelto reservado respecto a ésta, la sociedad, la naturaleza humana y demás. Conan Doyle mantuvo alguna de estas creencias

hasta el final de sus días, pero no todas. En 1910, en una conferencia en el Hospital St. Mary de Londres titulada «El romance de la medicina»¹⁰ echó la vista atrás con gran humildad sobre la creencia que tanto él como sus contemporáneos de la década de 1870 en Edimburgo tenían de que la ciencia era la respuesta todo. En el capítulo v, cuando Smith regresa de nuevo a la naturaleza humana, llama a la Mujer nada más que un «suplemento del hombre». Si ese era el punto de vista de Conan Doyle entonces, no fue como presentó a las mujeres en sus obras de ficción posteriores. También parece inconsistente con la opinión que tenía entonces de su madre, Mary Foley, que había recibido una mejor educación que la mayoría de las mujeres de la Gran Bretaña victoriana y estaba dotada de una fuerte personalidad propia y de una gran voluntad. Según aumentó su experiencia, algunas de sus posteriores heroínas literarias fueron mujeres muy independientes.

Otro tema importante aparece en el capítulo II y es continuado hasta el final: imperio y naciones. Conan Doyle llegó a la madurez en el apogeo del Imperio británico y, en su juventud, leyó mucha literatura de ficción sobre el Imperio, como las novelas de G. A. Henty, pero nunca había sido un tema concreto en su obra anterior. Sí lo es aquí, utilizando a menudo como contraste al mayor retirado que vivía encima de él. El tono nunca es ultranacionalista, a pesar de que en un momento dado el mayor quiera, incluso

desea, recurrir a la fuerza contra una quizá imaginaria ofensa rusa en Asia. No sólo Smith, sino también el mayor, describen en términos firmes el coste humano de la guerra y las estupideces burocráticas que acompañan al Imperio. Smith, que es descrito como alguien que ha pasado gran parte de su vida en las colonias, cree que es allí donde la vida es realmente vida, para lo mejor y para lo peor. Pero Conan Doyle también se asoma al lejano futuro cuando ve al Imperio británico la tercera de las cuatro potencias mundiales, superada no sólo por ese pariente que son los Estados Unidos, sino también por China. A pesar de todo, en el Capítulo 5, el último completo de la novela, las páginas finales están dedicadas a un poema de tono muy kiplingnesco dedicado a la guerra colonial, «El ascenso del cabo Dick», que Conan Doyle incorporará en otra obra años después.

A pesar de toda su energía e ideas, *El relato de John Smith* carece de la técnica narrativa que caracterizará la carrera posterior de Conan Doyle. Ofrece un llamativo contraste con *Las cartas de Stark Munro*, escrita unos diez años después, en la cual el autor utiliza muchas de las ideas e incidentes del primer manuscrito, pero con astutas revisiones que demuestran lo que había crecido como escritor. El doctor Tack Munro es un joven que lucha por encontrar su camino en el mundo y que impone una atmósfera de descubrimientos a sus largos pasajes sobre ideas y filosofía. En manos de este más crecido y sosegado

John Smith, estos mismos pasajes hubieran caído con rapidez en la pedantería. «Ha degradado lo que debería haber sido un grupo de conferencias a una serie de cuentos», se queja una vez Sherlock Holmes al Dr. Watson, acusándole de «mimar el gusto popular» en las narraciones de sus casos. Con ello, quizá Holmes muy bien podía estar refiriéndose a *John Smith*, pero la mayoría de los lectores gravitarán hacia el watsoniano romanticismo de *Stark Munro*.

Sea como fuere, *El relato de John Smith* nos ofrece la rara posibilidad de observar el período de aprendizaje de Conan Doyle, quien muestra al menos un atributo esencial de cualquier escritor profesional: no tener miedo a dejar de lado un manuscrito fallido... ni a regresar a él en busca de elementos que pudiera utilizar con posterioridad en otros relatos. Los posteriores comentarios de Conan Doyle respecto a *El relato de John Smith* dejan claro que era muy consciente de los muchos defectos de este esfuerzo juvenil y, de hecho, que le avergonzaba. En el mismo artículo de *The Idler* —refiriéndose de nuevo al manuscrito perdido y quizá lanzando un aviso a navegantes para futuros estudiosos y editores de su obra— escribió: «Debo confesar con total honradez que mi sorpresa ante su desaparición se queda en nada ante lo que sería mi horror si de repente apareciera de nuevo.... impreso».

¿Por qué, entonces, se tomó la molestia de embarcarse en la reescritura de una novela sobre la que

ya por entonces tenía serias dudas? Por muy severo que fuera su juicio retrospectivo y, a pesar de haberla abandonado —por motivos desconocidos— antes de terminar de reescribirla, parece probable que comenzara a reconstruir el texto en la creencia de que quizá pudiera ser un trabajo que mereciera la pena salvar. De hecho, sus displicentes comentarios sobre la obra no quedan confirmados, por el simple hecho de que numerosos pasajes similares, en ocasiones literales, aparecen en algunas obras subsiguientes (incluidas *Las cartas de Stark Munro*, *A través del velo* y algunas más mencionadas en las notas al texto).

Incompleta y a medio revisar, *El relato* siguió siendo para Conan Doyle una obra en la que continuar trabajando. A pesar de que terminó teniendo sus dudas sobre si publicarla o no, ésta tiene un papel significativo a la hora de permitir una mayor comprensión de su desarrollo como escritor y, por lo tanto, consideramos que ello justifica sobradamente que hagamos caso omiso de sus deseos y permitamos que aparezca... impresa.